

## GUÍA PEDAGÓGICA N° 7

C.E.N.S.348 "MADRE T. DE CALCUTA"

ESPACIO CURRICULAR: Lengua y Literatura

CURSO: 2° DIVISIÓN: 1° - 2° DOCENTE: Claudia Vega

TÍTULO DE LA PROPUESTA: Búsqueda de la identidad perdida, Edipo rey.

CONTENIDOS: Análisis de la tragedia griega: "Edipo rey" de Sófocles.

## OBJETIVOS

- ✓ Leer y comprender obras de la literatura clásica universal.
- ✓ Reconocer las características de la tragedia griega en la obra: Edipo rey
- ✓ Producir textos coherentes y adecuados

## CAPACIDADES A DESARROLLAR:

- ✓ Comprensión y producción de textos
- ✓ Resolución de problemas
- ✓ Pensamiento crítico

➤ Lectura comprensiva de algunos fragmentos de la obra : "Edipo rey"

En esta conversación aparece mencionado un personaje: **Edipo**. En la actualidad, debido a la teoría psicoanalítica de Sigmund Freud se menciona frecuentemente el complejo de Edipo. Este personaje pertenece a un **mito de la cultura griega**. Su tragedia se debió al hecho de que Edipo mató a su padre y se casó con su madre, sin saberlo.

En el siglo V a. C., **Sófocles, uno de los más grandes autores griegos de tragedias**, se basó en este mito para escribir Edipo rey. Les proponemos la lectura de algunos fragmentos:

Hola, Mary.  
¿te enteraste de que  
Claudia y Pepe cortaron?

Y sí, una relación así  
no se aguanta.  
Es un caso típico  
de Edipo no resuelto.

Y, bueno,  
era de esperarse,  
¡Pepe tiene un Edipo  
más grande que una casa!

## Edipo rey

**P**ara evitar el infausto oráculo de Delfos según el cual su hijo mataría a su padre y se casaría con su madre, Layo, rey de Tebas, ató los pies de su hijo y lo entregó a un servidor con la orden de matarlo. Pero éste, compadecido, dio el niño a otro pastor al servicio de Pólipo, rey de Corinto que no tenía hijos. Pólipo le dio el nombre de Edipo (pie hinchado) y lo crió como si fuera propio. Más tarde, Edipo marchó a Delfos para consultar al oráculo. En la respuesta del dios descubrió horrorizado que asesinaría a su padre y se casaría con su madre. Para evitar el cumplimiento de tan terrible profecía, huyó de la que consideraba su ciudad natal rumbo a Tebas. En un cruce de caminos se encontró por azar con unos hombres con los que discutió y el enfrentamiento acabó con la muerte de un anciano. Éste era Layo, rey de Tebas. Después Edipo se enfrentó a la esfinge, monstruo con alas, cabeza de mujer y cuerpo de león, que atemorizaba al pueblo de Tebas pues devoraba a quienes no podían develar el enigma que ésta proponía. La recompensa por haber liberado al pueblo de este mal fue el matrimonio con la reina viuda, Yocasta, su madre. Así, Edipo fue coronado rey de Tebas y vivió una vida feliz hasta que la ciudad es asolada por una peste.

La obra comienza cuando los ciudadanos se presentan ante Edipo en calidad de suplicantes, coronados y con frascos con miel o vino, para pedirle que salve a la ciudad (La expurgación de la pólis se llevaba a cabo por el exilio de algún personaje de la ciudad de características detestables que cargaba con los males de la ciudad. Se lo echaba violentamente como un remedio purificativo). Los suplicantes se hallan en círculo y en el centro el sacerdote de Zeus\*.

### Personajes:

EDIPO (rey de Tebas)  
 YOCASTA (madre y esposa de Edipo)  
 CREONTE (hermano de Yocasta)  
 TIRESIAS (adivino)  
 SACERDOTE

CORIFEEO (solista del coro)  
 MENSAJERO  
 PASTOR (viejo criado de Layo)  
 CORO  
 PAJE

EDIPO. -¡Hijos míos, nuevos descendientes del antiguo Cadmo\*!, ¿qué solicitáis de mí tan encarecidamente, con ramos de suplicantes? Nuestra ciudad está saturada del humo del incienso, así como de ayes y lamentos. Por eso, hijos míos, he creído preferible informarme por mí mismo y no por mensajeros, y con este fin he querido presentarme, aquí mismo, en persona. Yo, el llamado por todos ilustre Edipo. *(Se dirige al sacerdote)* Vamos, habla tú, anciano, puesto que por tu edad eres el más indicado para explicarte por ellos. ¿Por qué esa actitud? ¿Con qué fin os habéis congregado aquí? ¿Qué teméis o qué deseáis? Heme aquí dispuesto a ayudaros en todo, ya que tendría que ser insensible al dolor si no me conmoviese tal concurrencia y vuestra actitud suplicante.

SACERDOTE. -Pues bien, ¡oh Edipo!, rey de nuestra patria, ya ves que somos suplicantes de todas las edades, agrupados en torno de las aras de tu palacio. Unos no tienen aún fuerza para volar lejos del nido; otros son sacerdotes como yo, de Zeus, abrumados por los años; [...] Tebas, como tú mismo lo estás viendo, se halla profundamente consternada por la desgracia; no puede levantar la cabeza del abismo mortífero en que está sumida. Los brotes fructíferos de la tierra se secan en los campos; perecen los rebaños que pacen en los pastizales; despuéblase con la esterilidad de sus mujeres. Un dios que trae el fuego abrasador de las fiebres, la execrable Peste, se ha adueñado de la ciudad, y va dejando exhausta de hombres la mansión de Cadmo, mientras las sombras del Hades desbordan de llantos y de gemidos. Ciertamente ni estos jóvenes ni yo, aquí reunidos, pretendemos igualarte con los dioses; pero te reconocemos como el primero de los mortales para socorrernos en la desgracia que se cierne sobre nuestras vidas y para obtener el auxilio de los

dioses. Pues fuiste tú, cuando viniste a esta ciudad de Cadmeo, quien nos libró del tributo que pagábamos a la implacable Esfinge, y esto lo hiciste sin haber sido informado por nosotros ni haber recibido ninguna instrucción. Tebas piensa y proclama que sólo con la ayuda de alguna divinidad conseguiste enderezar el rumbo de nuestra vida. Hoy, pues, poderoso Edipo, a ti vuelven sus ojos todos estos suplicantes, que te ruegan halles remedio a sus males, bien porque hayas oído la voz de algún dios, bien porque te haya aconsejado algún mortal, pues sé que los consejos de los hombres de experiencia ejercen una feliz influencia en los acontecimientos. [...]

EDIPO. -Hijos dignos de mi piedad, habéis venido movidos por deseos cuyo objeto me es conocido y, aun podría decir, demasiado conocido. [...] He enviado al hijo de Menecleo, Creonte, mi cuñado, a la morada de Apolo Pitio, con el fin de que se informe sobre lo que debo hacer o decidir para salvar la ciudad. [...]

(Llega Creonte) [...]

CREONTE. -Voy, pues, a repetir lo que oí de boca del dios. El rey Apolo nos ordena expresamente lavar una mancha que ha nutrido este país y no dejarla crecer hasta que no tenga remedio.

EDIPO. -¿Por medio de qué purificaciones? ¿Cómo nos libramos de esta calamidad?

CREONTE. -Desterrando a un culpable, o expiando un homicidio con otro homicidio, pues una sangre derramada es la causa de las desventuras de Tebas.

EDIPO. -Pero, ¿a qué hombre se refiere ese homicidio?

CREONTE. -Príncipe, antes de que vinieras a gobernar esta ciudad, teníamos un rey, jefe de esta tierra, que se llamaba Layo.

EDIPO. -Así me lo han dicho, aunque yo no lo vi nunca.

CREONTE. -Pues habiendo sido asesinado ese rey, el dios nos ordena castigar a sus matadores, sean quienes fuesen.

EDIPO. -Pero, ¿dónde están? ¿Dónde podemos encontrar la pista tan difícil de un crimen tan antiguo?

CREONTE. -El dios asegura que los asesinos están en el país. Lo que se busca se encuentra; lo que se descuida se pierde.

[Debido a que el oráculo exige la venganza del asesinato de Layo, Edipo promete oficialmente hacerse cargo de investigar los hechos. La multitud de tebanos suplicantes se disuelve. El Coro eleva sus oraciones a los dioses.

Edipo afirma que el castigo del asesino y de sus colaboradores será el destierro. El Coro le propone que llame al vidente Tiresias. Edipo ya lo ha invitado. Llega el ciego Tiresias, quien conoce la verdad, pero se niega a revelarla. Edipo lo culpa de haber colaborado en el asesinato y de ser un instrumento de Creonte en su conspiración política. También le cuestiona su capacidad de adivinar, ya que anteriormente no había podido solucionar el enigma de la esfinge. Edipo se enorgullece de su victoria sobre el monstruo que amenazaba a Tebas. Tiresias responde que el verdadero ciego es Edipo, que no conoce realmente quién es. Tiresias amenaza marcharse. Edipo lo conmina a que diga lo que sabe].

EDIPO. -¿Qué has dicho? Repítelo, para que me entere mejor.

TIRESIAS. -¿No lo has entendido todavía o quieres hacerme hablar?

EDIPO. -No lo he entendido lo suficientemente bien para decir que estoy enterado. Vamos, dílo por segunda vez.

TIRESIAS. -Ese asesino que buscas, ese asesino, eres tú.

EDIPO. -Dos veces no me ultrajarás impunemente.

TIRESIAS. -¿Debo hablar más para aumentar tu furor?

EDIPO. -Todo lo que quieras: todo lo que digas serán vanas palabras.

TIRESIAS. -Afirmo, pues, que vives, sin saberlo, en el más vergonzoso comercio con el mismo ser que te es más querido, y que ignoras la infamia en que vives.

EDIPO. -¿Crees que vas a seguir con tus ofensas sin recibir castigo?

TIRESIAS. -Sí, si la verdad tiene algún poder.

EDIPO. -Ella lo tiene, salvo para ti; en tus labios es débil, ya que tus oídos, tu espíritu y tus ojos están ciegos.

TIRESIAS. -Me echas en cara, desgraciado, defectos que pronto todos podrán lanzarte al rostro.

EDIPO. -Como vives en el seno de la noche tenebrosa, no eres peligroso ni para mí mismo ni para cualquier otro cuyos golpes vean la luz.

TIRESIAS. -Tu destino no es caer bajo mis golpes; Apolo bien lo sabe, pues es él quien está encargado de ello.

EDIPO. -¿Todos estos descubrimientos han sido tramados por ti o por Creonte? [...]

TIRESIAS. -{A Edipo, después de un silencio}. Por muy rey que seas, Edipo, me corresponde responderte con igual título, de igual a igual, ya que yo también reino a mi modo. Yo no soy tu esclavo; Apolo es mi dueño y nunca figuraré en el número de los clientes de Creonte. Ya que me insultas con mi ceguera, he aquí lo que tengo que decirte: Tú, que tienes los ojos abiertos a la luz, no ves la desgracia que se cierne sobre ti ni ves en qué lugar habitas ni con quiénes convives. ¿Sabes de quién descendes?

Eres, sin saberlo, odioso a todos los tuyos, que están abajo en el Hades, y a los que están encima, sobre la Tierra. La aterradora maldición de un padre y de una madre te acosa y te echará de este país; y tú, que hoy ves claramente la luz, pronto no verás más que tinieblas. [...] Después de esto, puedes cubrir de lodo a Creonte y a mis palabras.

Nadie entre los hombres será tan duramente maltratado por el Destino como tú. [...]

[Creonte regresa indignado. Edipo repite las acusaciones en su contra y amenaza con desterrarlo e incluso darle muerte. Llega Yocasta y trata de reconciliarlos. Creonte se va. La reina cuenta a Edipo que el oráculo de Delfos había respondido que Layo iba a ser asesinado por su propio hijo. Pero la videncia no se había concretado. El hijo de Layo había sido entregado a un pastor por su padre quien le había hecho perforar los tobillos con agujas. Layo había sido asesinado por ladrones y la reina demuestra claramente su desprecio por las respuestas de los oráculos.

Pero la mención del cruce donde había sido asesinado Layo provoca confusión en Edipo quien cuenta a Yocasta que él también había consultado al oráculo de Delfos y que éste le había augurado que iba a asesinar a su padre y casarse con su madre. Por ello había huido de Corinto y en un cruce de caminos se había encontrado con desconocidos a los que había matado.

El Coro canta una oración rogando volver a las leyes de los dioses. Yocasta trae ofrendas a Apolo. Llega un mensajero desde Corinto para anunciar a Edipo la muerte del rey Pólipo, su supuesto padre. Esta noticia alivia los miedos de Edipo y él también comienza a despreciar las

*videncias del oráculo. Pero todavía teme una relación incestuosa con su madre.  
El viejo mensajero le devela la verdad sobre su origen.]*

- MENSAJERO. -¿Temes mancillarte con un sacrilegio cometido contra tus padres?
- EDIPO. -Eso es, precisamente, anciano, el eterno motivo de mi terror.
- MENSAJERO. -¿No sabes, pues, que esas alarmas son injustificadas?
- EDIPO. ¿Cómo injustificadas? ¿No soy el hijo nacido de esos dos padres?
- MENSAJERO. -Nada tuyo era Pólipo en cuanto al linaje.
- EDIPO. -¿Qué dices? ¿Pólipo no me engendró?
- MENSAJERO. -Ni más ni menos que pudiera haberlo hecho yo.
- EDIPO. -¿Y cómo un padre puede ser para mí igual que un extraño?
- MENSAJERO. -No fuiste engendrado ni por él ni por mí.
- EDIPO. -Mas, ¿por qué entonces me llamaba su hijo?
- MENSAJERO. -Has de saber que fuiste un don que en otro tiempo recibió de mis manos.
- EDIPO. -¿Y a pesar de haberme recibido de un extraño, me amaba tanto?
- MENSAJERO. -Llegó a ello porque hasta entonces no había tenido hijos.
- EDIPO. -¿Y me habías comprado o me habías hallado cuando me entregaste a él?
- MENSAJERO. -Te había hallado en las cañadas arboladas del Citerón.
- EDIPO. -¿Y por qué motivos recorrías aquellos lugares?
- MENSAJERO. -Guardaba en la montaña rebaños trashumantes.
- EDIPO. -¿Eras, pues, pastor errante y mercenario?
- MENSAJERO. -¡Y fui tu salvador en aquellos tiempos, hijo mío!
- EDIPO. -¿De qué mal padecía yo, cuando me encontraste de ese modo en la desgracia?
- MENSAJERO. -Tus tobillos pueden atestiguarlo.
- EDIPO. -¡Ah! ¿Por qué evocas esa antigua tortura?
- MENSAJERO. -Yo te desaté: tenías los extremos de los pies bien sujetos.
- EDIPO. -Terrible injuria me causaron los pañales.
- MENSAJERO. -El nombre que llevas te viene de esa desgracia.
- EDIPO. -Por los dioses, dime, ¿me fue infligido eso por mi padre o por mi madre?
- MENSAJERO. -No lo sé. Aquel de quien te recibí estará de ello mejor informado que yo.
- EDIPO. -¿Me recibiste, pues, de una mano extraña, y por tanto no me hallaste tú mismo?
- MENSAJERO. -No, fue de otro pastor de quien te recibí.
- EDIPO. -¿Quién era ese pastor? ¿Podrías decírmelo?
- MENSAJERO. -Se decía que era uno de los que servían en casa de Layo.
- EDIPO. -¿En casa del que era en otro tiempo rey de esta tierra?
- MENSAJERO. -Sí, era pastor de la casa de ese hombre.
- EDIPO. -¿Vive aún? ¿Puedo verlo?
- MENSAJERO. -*(Dirigiéndose a los del Coro)* Vosotros que habitáis en el país, podréis saberlo mejor que nadie.
- EDIPO. -¿Hay alguien entre vosotros que me rodeáis, que conozca al pastor de quien habla, por haberlo visto aquí mismo o en los campos? Decídmelo, pues es ocasión de aclarar este misterio.
- CORIFEO. -Ese hombre no es otro, a mi juicio, que el que antes querías descubrir. Pero, mejor que nadie, Yocasta podría decírtelo.
- EDIPO. -Mujer, ¿crees tú que el hombre cuya llegada deseábamos hace un rato pueda ser el mismo de quien habla este anciano?
- YOCASTA. -¿De quién hablas? No te inquietes y procura olvidar tan vanas palabras.
- EDIPO. -No, no admitiré jamás, después de haber recogido tantos indicios, que no pueda descubrir mi nacimiento.
- YOCASTA. -¡En nombre de los dioses, si te preocupas algo por tu vida, abandona esas investigaciones! *(Aparte.)* Bastante tengo yo con mi desgracia.
- EDIPO. -Permanece tranquila. Aunque descendiese yo de una triple generación de esclavos, tú no resultarías por ello humillada.
- YOCASTA. -Sin embargo, créeme, te lo suplico: no hagas nada por saber más.
- EDIPO. -Imposible obedecerte y dejar de querer aclarar este misterio.
- YOCASTA. -Sin embargo, te lo digo por tu bien y te doy el mejor consejo.
- EDIPO. -Estos mejores consejos, desde hace tiempo me molestan.
- YOCASTA. -¡Oh, desgraciado! ¡Ojalá jamás puedas saber quién eres!
- EDIPO. -*(Al Coro)* Que alguno de vosotros vaya y traiga ante mí al pastor. En cuanto a ella, dejadla que se enorgullezca de su opulento nacimiento.
- YOCASTA. -¡Ay, desgraciado! ¡Es el único nombre que, desde ahora, podré darte por última vez y para siempre! *(Yocasta entra al palacio violentamente)*
- CORIFEO. -¿Por qué, Edipo, se ha ido esa mujer presa de violenta desesperación? Temo que de este silencio surjan nuevas desgracias.
- EDIPO. -¡Estallen las que quieran! En cuanto a mí, persisto en querer saber mi origen, por humilde que sea. Ella, naturalmente orgullosa como toda mujer, se avergüenza, sin duda, de mi bajo nacimiento. Pero yo me considero como hijo de la Fortuna, que me ha colmado de bienes, y nunca me sentiré deshonrado. Si, la Fortuna es mi madre, y los meses que han contado mis días, tan pronto me han rebajado como me han exaltado. Y siendo tal mi origen, y nacido bajo este signo, no puedo cambiarlo. ¿Por qué voy a renunciar a descubrir mi nacimiento? [...]
- (Se ve acercarse, entre dos servidores de Edipo, al viejo pastor de Layo.)*
- EDIPO. -*(Al mensajero)* Es a ti primero, extranjero de Corinto, a quien interrogo. ¿Es éste el hombre a quien te referías?
- MENSAJERO. -Es él, lo tienes ante tus ojos.
- EDIPO. -*(Al pastor)* Tú, anciano, mírame y responde a todas mis preguntas. ¿Pertenece en otro tiempo a Layo?
- PASTOR. -Era su esclavo; no por fruto de una compra, sino por haberme criado en el seno de su hogar.
- EDIPO. -¿A qué te dedicabas? ¿Cuál era tu ocupación?
- PASTOR. -Casi toda mi vida la he pasado en pos de los rebaños.
- EDIPO. -¿Qué comarcas frecuentabas ordinariamente?
- PASTOR. -Tan pronto era el Citerón, tan pronto las regiones vecinas.
- EDIPO. -¿Conoces a este hombre? ¿Lo has encontrado allá arriba alguna vez, en alguna parte?

PASTOR. -¿Haciendo qué? ¿De quién hablas?  
 EDIPO. -Del hombre que está junto a ti. ¿Trataste alguna vez con él?

PASTOR. -No puedo responder enseguida; ya no me acuerdo.

MENSAJERO. -En esto, señor, no hay nada de particular. Pero yo le haré recordar claramente lo olvidado. Estoy seguro de que me ha visto cuando, sobre el Citerón, él con dos rebaños, y yo con uno solo, pasábamos, como vecinos, desde la primavera hasta que aparecía la estrella Arturo\*, tres trimestres enteros. Cuando llegaba el invierno, yo volvía a mis establos y él a los apriscos de Layo. *(Dirigiéndose al pastor)* ¿He dicho sí o no la verdad sobre lo que hacíamos?

PASTOR. -Dices la verdad, pero de eso hace tanto tiempo...

MENSAJERO. -Ahora, vamos a ver si te acuerdas de haberme entregado un niño, para que lo criase como hijo mío.

PASTOR. -¿Qué quieres decir? ¿A qué viene esa pregunta?

MENSAJERO. -*(Mostrando a Edipo)* Pues aquí tienes al que era en aquel tiempo pequeñito.

PASTOR. -¡Que los dioses te confundan! ¿No vas a callarte?

EDIPO. -No te enfades con él, anciano. Son tus palabras, más bien que las suyas, las que merecerían ser castigadas.

PASTOR. -¿En qué he faltado, yo, señor, al mejor de los amos?

EDIPO. -En no contestar a lo que él te pregunta acerca de ese niño.

PASTOR. -Porque él habla sin saber y se toma un trabajo en vano.

EDIPO. -Pues si tú, de buen grado, no quieres hablar, hablarás a la fuerza.

PASTOR. -En nombre de los dioses, no me maltrates, que soy anciano.

EDIPO. -Que se le aten al instante las manos detrás de la espalda.

PASTOR. -¡Qué desgraciado soy! Y, ¿por qué razón? ¿Qué quieres, pues, saber?

EDIPO. -El niño ese de quien habla, ¿se lo entregaste tú?

PASTOR. -Sí, ¡y ojalá hubiera yo muerto aquel día!

EDIPO. -La muerte te llegará si no dices la verdad exacta.

PASTOR. -Si la digo estoy perdido con mucha más seguridad.

EDIPO. -Este hombre, a lo que veo, quiere escabullirse.

PASTOR. -No, ya que te he dicho que se lo había entregado.

EDIPO. -¿De quién lo recibiste? ¿Era hijo tuyo, o bien de otro?

PASTOR. -No era mío; era de otro de quien lo había recibido.

EDIPO. -¿De quién, de entre estos ciudadanos, y de qué hogar?

PASTOR. -¡No, por los dioses; no, señor, no lleses más allá tus investigaciones!

EDIPO. -Estás perdido si tengo que repetirte la pregunta.

PASTOR. -Pues bien, era un niño nacido en el palacio de Layo.

EDIPO. -¿Era un esclavo o un hijo de su raza?



La esfinge de Edipo

PASTOR. -¡Ay! ¡Heme aquí ante una cosa horrible de decir!

EDIPO. -Y para mí también horrible de oír. Pero, sin embargo, tengo que oírla.

PASTOR. -Se decía que era hijo de Layo. Pero la que está en casa, tu mujer, te diría mejor que nadie cómo fue todo eso.

EDIPO. -¿Te lo dio ella?

PASTOR. -Sí, rey.

EDIPO. -¿Para qué?

PASTOR. -Para que lo hiciera desaparecer.

EDIPO. -¿Una madre? ¡Desgraciada!

PASTOR. -Por miedo de horribles oráculos.

EDIPO. -¿Qué decían esos oráculos?

PASTOR. -Que aquel niño debía matar a su padre; así decían.

EDIPO. -Pero tú, ¿por qué se lo entregaste a este anciano?

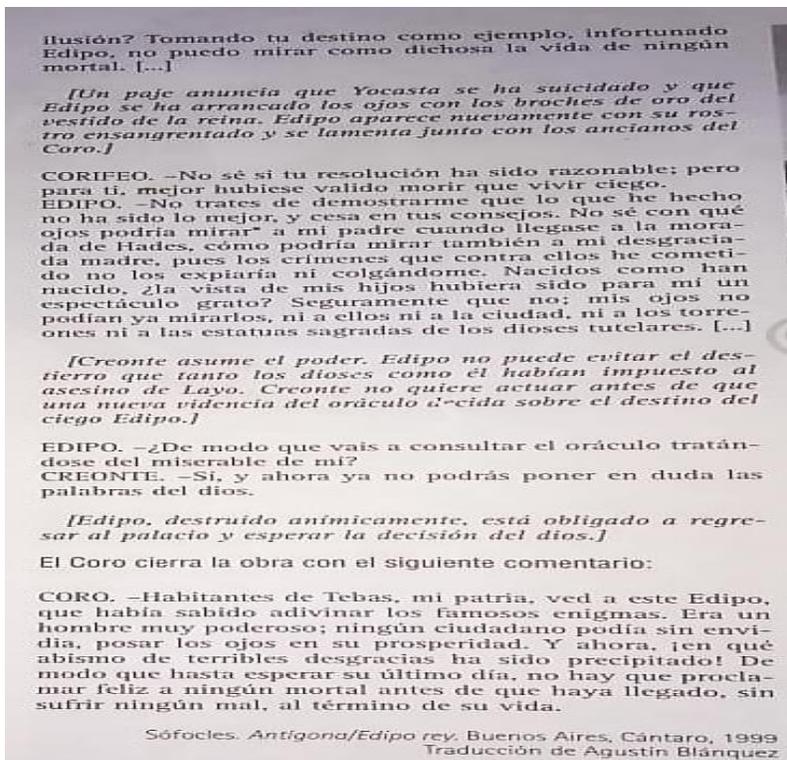
PASTOR. -Por piedad, señor. Pensaba que se lo llevaría a otra comarca, a la isla donde él vivía. Mas él, por desgracia, le salvó la vida. Si tú eres el que él dice, has de saber que eres el más infortunado de los hombres.

EDIPO. -¡Ay! ¡Ay! Todo se ha aclarado ahora. ¡Oh luz, pudieras yo verte por última vez en este instante!

Nací de quien no debería haber nacido; he vivido con quienes no debería estar viviendo; maté a quien no debería haber matado.

*(Edipo entra precipitadamente en el palacio. Los pastores se marchan cada uno por su lado.)*

CORO. -¡Ay, generación de mortales! ¿Cómo vuestra existencia es a mis ojos igual que la nada! ¿Qué hombre, qué hombre ha conocido otra felicidad que la que él se imagina, para volver a caer en el infortunio después de esta



### ACTIVIDADES:

- a- ¿Por qué la tragedia de Edipo provoca compasión y temor en el espectador?
- b- ¿Edipo cometió su pecado conscientemente?
- c- ¿Qué consecuencia trae a la ciudad de Tebas la falta de castigo al asesino?
- d- Varias veces aparece mencionado el oráculo de Apolo. Ordene cronológicamente las consultas que le hacen los personajes y las respectivas respuestas.
- e- ¿Qué personajes dudan de las predicciones del oráculo y quién reafirma su importancia?
- f- ¿Qué expresiones de Edipo en su diálogo con Tiresias muestran su soberbia?
- g- ¿Qué palabras de Tiresias preanuncian la ceguera de Edipo?
- h- ¿En qué momento se evidencia que Yocasta se ha dado cuenta que Edipo es su hijo?
- i- ¿Qué interpreta Edipo cuando Yocasta le dice :
  - ¡Ojalá jamás puedas saber quién eres!
- g- ¿Qué simboliza el acto de cegarse?
- h- Elabore una historieta con los sucesos más importantes de la historia, según su interpretación.

- Contacto con la docente a cargo: Prof.: Claudia Vega – Correo electrónico:
- [claudia-vega@outlook.com](mailto:claudia-vega@outlook.com)

DIRECTORA: PROF. SANDRA GRANADOS